

El Comercio

EDITORIAL

¿Qué gobernabilidad buscamos sin reforma del Estado?

Los notables logros económicos recientes, con índices de crecimiento del PBI que superan el 8% y mejores niveles de empleo, son buenas noticias. Sin embargo, no son suficientes por sí solos para sostener la gobernabilidad y enrumbar definitivamente al país por la ruta del desarrollo, si es que no contamos con un Estado ordenado, confiable y eficiente que marque la cancha, mantenga el modelo y haga respetar las reglas de juego.

El acuciente tema de la reforma del Estado salta hoy nuevamente a la palestra cuando vemos la indolencia del Ejecutivo en dos temas cruciales: la Ley de Carrera Pública y la reestructuración del Fondo Nacional de Financiamiento de la Actividad Empresarial del Estado (Fonafe).

Efectivamente, ¿qué mensaje se le da al país y al sector privado, a los que se les exige competencia y eficiencia, cuando el propio Estado no usa bien los recursos de los contribuyentes y suele ser ineficiente? ¿Cómo podremos avanzar si no sabemos cuántos son los empleados estatales, ni tenemos herramientas para evaluarlos periódicamente, de modo que se pueda contar con burócratas eficientes? ¿Qué hacer para premiar a los más destacados y meritorios y depurar a aquellos que solo ocupan un escritorio y estorban el que hacer

ciudadano o empresarial? La austeridad no puede ser tan rígida como para ahuyentar a los buenos técnicos que son absorbidos por el sector privado, que los remunera según su competencia.

De ahí la importancia de la Ley de Carrera Pública, que ha sido anunciada reiteradamente por el Ejecutivo, pero sin sustentarla con información y propuestas coherentes, lo que no permite avanzar el debate en las respectivas comisiones dictaminadoras del Congreso.

La gobernabilidad y el salto al desarrollo demandan que el Estado se reforme para no seguir siendo el perro del hortelano

El presidente Alan García y el jefe del Gabinete, Jorge del Castillo, deben llamar al orden a sus ministros y cuadros técnicos para cubrir estos vacíos y poder dar forma al proyecto de ley en las comisiones y en el pleno, en los cortos plazos que ha fijado el presidente. La responsabilidad debe ser compartida por el Congreso, donde existen proyectos avanzados, gestados en el gobierno toledista sobre escalafón, homologación, etc.

“Si queremos dar el salto cualitativo hacia el desarrollo, debemos redoblar esfuerzos en cuatro ámbitos: gobernabilidad democrática/institucionalidad, reforma del Estado/descentralización, formalidad y competitividad, que tienen que dejar de ser términos abstractos para convertirse en urgencias permanentes de nuestros políticos”. EDITORIAL DE EL COMERCIO / 4 DE ABRIL DEL 2008

En cuanto al controvertido Fonafe, hay que recordar que engloba, dentro del Estado, todo aquello que no son ministerios. Se trata, efectivamente, del holding de empresas públicas, cuyo patrimonio y gestión económica superan a las de cualquier otra empresa privada. En conjunto tiene ventas anuales de más de 10.000 millones de soles, lo que lo convierte en uno de los principales grupos empresariales del país, por encima de cualquier holding privado.

Pero, a diferencia de estos que tienen controles severísimos, los niveles de fiscalización del Fonafe son relajados o inexistentes, lo que deja la puerta abierta a la ineficiencia, el dispendio y la corrupción estatal, como se ha visto en el caso del Banco de Materiales. Por lo mismo, tampoco se entiende la reticencia del Poder Ejecutivo a poner el tema sobre la mesa y debatirlo con seriedad.

Al respecto llama seriamente la atención la insistencia del ministro de Vivienda, Enrique Cornejo, en exculpar a priori al Fonafe de cualquier responsabilidad. De modo absurdo ha dicho que las irregularidades (del Banmat) no corresponden ser detectadas por el Fonafe. ¿Y entonces, por quién?

El problema de fondo, hay que decirlo, es la formación de su directorio, integrado por varios

ministros, que ejercen cargos políticos, a lo que se agrega que el nombramiento de los directores y gerentes de las empresas públicas se haga con criterio político-partidario, lo que es muy grave y explica su ineficiencia y descontrol.

El Gobierno no puede cerrar los ojos a esta oscura realidad ni pretender, como quiere el ministro Cornejo, tapar el sol con un dedo. Al igual que la Ley de Carrera Pública tiene que promover iniciativas legales para reformar al Fonafe, modificar su directorio, establecer severas auditorías externas y obligar a todas las empresas públicas a publicar sus presupuestos, ingresos, gastos y balances de gestión en sus páginas web.

La gobernabilidad y el ansiado salto al desarrollo demandan, pues, que el Gobierno asuma como consigna inaplazable la de pisar el acelerador de la reforma del Estado para ordenarlo y promover su eficiencia y blindar la gestión de las empresas públicas de cualquier presión clientelista.

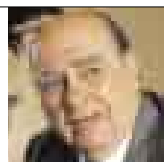
Para que el Estado no siga siendo el perro del hortelano tiene que reformarse. No hacerlo ahora sería temerario, irresponsable y grave, pues eternizaría el lastre que representa para el dinamismo empresarial y el derecho de los peruanos a una vida mejor la persistencia de un Estado pesado, mediocre, dispendioso y obstruccionista. ■■

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO DE MAYO DEL 68

¿Qué quedó de aquello?

Julio María Sanguinetti

Ex presidente del Uruguay



Julio María Sanguinetti, periodista, abogado y político uruguayo. © Diario "El País", SL/ Julio María Sanguinetti. Prisa.com

Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

Legamos a mayo de 2008, como es natural, Francia hierve de conmemoraciones, simposios académicos, exposiciones y debates en televisión por los 40 años de su célebre revuelta. Son esas puestas en escena que nadie sabe hacer como los franceses para que el mundo gire en torno de sus eventos. Aun mirado en la distancia, cuesta entender cómo aquel episodio estudiantil, comenzado por unos pocos cientos de muchachos en Nanterre, seguido luego de una huelga como tantas, provocara el ruido de una explosión universal cuando no apareció un partido revolucionario con un líder dispuesto a tomar el poder ni, naturalmente, cayó De Gaulle o se derrumbó su régimen. Sin embargo, aquellos episodios tuvieron ese valor simbólico de la revelación, de hacer sonar los clarines de un nuevo tiempo que no había comenzado allí, ni por supuesto terminaría en París. Los hechos en ocasiones tienen esa relevancia. La caída de la Bastilla, una prisión ya sin importancia, hasta hoy es celebrada como la consagración de la Revolución Francesa.

Una mirada desapasionada registra que esos años 60 mostraban una Europa cómoda en su ascenso posterior a la Segunda Guerra Mundial y embarcada en su construcción continental, y unos Estados Unidos que al tiempo que consolidaban su

poderío vivían un fortísimo cambio de paradigmas sociales, bastante anterior al de la sociedad francesa. 1959 se había inaugurado, el primer día del año, con la llegada de Fidel Castro al poder en Cuba y pocos meses después comenzaba una confrontación que ya no pudo resolverse con una invasión como en los viejos tiempos: la mamarrachca derrota de la bahía de Cochinos en 1961, con un Kennedy aprisionado por el 'establishment', clausuraba ciertas modalidades de la República Imperial pero alumbraba sobre una guerra fría que en América Latina sería caliente. El personaje de James Bond sería el símbolo de ese tiempo de espionajes y atentados.

El efluvio revolucionario cubano se extendía por el hemisferio latinoamericano y el joven presidente estadounidense respondió rooseveltianamente con la Alianza para el Progreso, estrategia dirigida a financiar la modernización industrial y disminuir el eco de los ensueños guerrilleros. Fue más elocuente el discurso que los hechos y los asesinatos de John (1963) y Robert Kennedy (1968), más el de Martin Luther King (1968), unidos a la progresiva intervención militar en Vietnam, hundieron en un cono de sombra el liderazgo de Estados Unidos.

Por debajo de los episodios políticos, los cambios sociales eran tormentosos. La revolución hippie mostraba nuevas pautas de comportamiento de una juventud que ya no aceptaba en EE.UU. la vieja moral protestante, y que en Francia se rebelaría contra la antigua familia católica y su estructura educativa jerarquizada. La rebelión en los campus de Berkeley y Columbia proyectaba al mundo universitario esa explosión liberadora, armada con la bomba atómica de la píldora anticonceptiva, cuya irrupción fue



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

mucho más poderosa que la de los "revolucionarios de anfiteatro" de que hablaba Raymond Aron. A partir de allí la mujer desenganchó su sexualidad de la maternidad, tuvo más libertad para trabajar, ganó su independencia económica y, en cada hogar, nada pudo ser como era.

El cambio llegaba hasta la estética. El rock, con los Beatles y los Rollingstones, globalizaba la juventud con música y hasta vestimenta. En Estados Unidos irrumpía el pop con Rauschemberg, Lichtenstein y Andy Warhol, y en Brasil Kubistchek, el 21 de abril de 1960, declaraba inaugurada Brasilia, el nuevo Versalles del siglo XX, la liturgia del

Estado en su máxima expresión, catedral del racionalismo arquitectónico que habían diseñado el talento de Lucio Costa y del hoy centenario Oscar Niemeyer. Desgraciadamente, cuatro años después comenzaba allí la nueva oleada de golpes de Estado, cuando el Ejército brasileño terminó con el populismo de Joao Goulart y asumió la dictadura institucionalmente, con un régimen que se nutría de una tecnocracia desarrollista y rotaba cada cuatro años un general en el poder, de modo ordenado y pacífico.

Se vivía así una doble tensión, entre izquierda revolucionaria y reformismo democrático, ejército y

partidos políticos, en un vaivén que sabrá de todos los ejemplos. Se ven exitosos intentos desarrollistas como el de Frei en Chile o el de Rómulo Betancourt y sus sucesores en Venezuela. Nacen en Colombia las guerrillas de las FARC y el ELN, aun hoy dramáticamente vigentes, pero la institucionalidad colombiana ejemplarmente resiste.

Lo que no ocurre, por desgracia, en la Argentina, que ve derrumbarse el lúcido intento desarrollista de Frondizi y, luego de un período de inestabilidad, irrumpir también una dictadura militar que —bajo el pretexto de combatir la guerrilla— instaura con Onganía un régimen de inspiración franquista que al final solo consolidará el errático mitopersonista.

El Che Guevara fracasa en su intento revolucionario en Bolivia y con ello el proyecto fidelista de hacer de los Andes una Sierra Maestra. Torrijos en Panamá, Torres en Bolivia y Velasco Alvarado en Perú, muestran otro signo de los cambios: son militares de una izquierda nacionalista, no comunista pero independiente de Estados Unidos, con suertes variadas en su gestión, fracasos estrepitosos y éxitos tan resonantes como el tratado que anuncia el fin pacífico de la dominación norteamericana en el canal que une los dos grandes océanos.

Detrás de las guerrillas están Cuba, la Unión Soviética y sus satélites, Regis Debray y Hebert Marcuse, testimonios estos del valor deletéreo que poseen las malas ideas. Detrás de la mayoría de los golpes militares, la complicidad o el silencio estadounidense. En el medio, bombas y botas cobran vidas humanas e instituciones. Aún esta historia se narra en esquema binario de western comercial, con buenos buenos y malos malos del otro. La realidad fue mucho más compleja y envueltos en ese torbellino se frustraron muchas vidas y expectativas. Sin embargo, nacieron otras, como la personalidad literaria de Latinoamérica, que adquirió una inédita presencia cultural. El Pre-

mio Nobel concedido a Miguel Ángel Asturias, autor de "El señor presidente", consagró esa presencia honrando a un escritor de la generación anterior, que con Jorge Luis Borges y Alejo Carpentier, ya había alcanzado cumbres. En esos 60, sin embargo, como un aluvión sin fronteras, emergía una generación rutilante, que no tenía precedente como conjunto: Octavio Paz, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti, Roa Bastos, Juan Rulfo, Cortázar, Guimarães Rosa, Cabrera Infante y varios etcéteras de parecido valor.

Eran nuevos modos de escribir, revitalizados desde Europa por otro modo de narrar en el cine, a través del talento creativo de Fellini, la pureza descriptiva de Michelangelo Antonioni y la búsqueda intelectual de directores franceses como Truffaut, Resnais o Goddard.

El hombre llega a la luna y Neil Armstrong le da rostro a la gran aventura espacial; las imágenes de "2001: Una Odisea del espacio", de Stanley Kubrick, ubican a los humanos en una nueva perspectiva. Las ciudades latinoamericanas se llenan de un público que ve ese cine y lee esos libros. Pero a la vez, crecen en ellas favelas, villas miseria, que aglomeran una población pobre que huye del campo y no saldrá más del paisaje urbano.

En Francia todavía no saben si el legado del 68 existe o si, de existir, debería sobrevivir. En América Latina la revolución socialista no vino. Las dictaduras militares, sí, poblándolo la década posterior. Pero de ellas se salió cuando la guerra fría dejó de alimentar la violencia de unos y otros. De todo aquello han quedado recuerdos, libros, gente que vive más años, ciudades más modernas y la experiencia de que en la economía no basta querer así como en la política no hay milagros. Esas aventuras nos han dejado la lección —no siempre seguida— de que la lucha por perfeccionar cada día la democracia y asegurarle libertad a la gente, es, todavía, la más revolucionaria de las ideas. ■■

MANERAS DE VIVIR

Todas esas mujeres manoseadas

Rosa Montero

Escritora



Rosa Montero, periodista española. Es autora de "La hija del canibal" y "La loca de la casa".

© Diario "El País", SL/Rosa Montero. Prisa.com

Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

En "Habíamos ganado la guerra", el estupendo libro autobiográfico de Esther Tusquets, me he

topado con una anotación que me ha hecho recuperar un recuerdo olvidado de la infancia. Dice la autora que, de pequeña, las películas le parecían algo maravilloso, y que el entusiasmo que sentía al ir los sábados al cine estaba tan solo ensombrecido por el temor de que el vecino de la butaca contigua intentara meterle mano, algo que le ocurrió "desde muy, muy niña y con cierta frecuencia". Y añade: "Me parece que no se ha hablado lo suficiente de las agresiones a que estábamos expuestas las niñas y las adolescentes de la pacata y reprimi-

da España de los años 40 y 50 no podíamos subir a un tranvía o a un metro repleto sin que sintiéramos que un pene se restregaba contra nuestros muslos o nuestro vientre, o que una mano se nos introducía entre las piernas".

Pues sí, exacto, justamente así era, y puedo asegurar que aún pasaba lo mismo en mi época, bien avanzados ya los años 60. Me pregunto si el fenómeno después fue remitiendo o si es que simplemente yo crecí. A lo peor ha seguido ocurriendo en los 70, en los 80, puede que incluso ahora. Quizá las niñas hayan tenido

que soportar generación tras generación ese asqueroso magreo. Ese abuso constante y silenciado. Compañeras más agueridas que yo, que se atrevieron a protestar en el metro ante un sobón, fueron a menudo insultadas y airadamente replicadas por el agresor. No recuerdo que en estos trances nadie saliera a defendernos en el metro atiborrado de gente; o tal vez sí, tal vez en alguna ocasión alguna mujer mayor rezongara algo en nuestro apoyo. Pero básicamente sabías que estabas sola.

De manera que llevabas integrada en la cabeza una especie de estrategia militar de supervivencia. En los cines te echabas a temblar cada vez que se sentaba junto a ti un hombre solo. Pero lo peor era sin duda el metro. Desde los

10 años hasta los 16, para ir al instituto me hacía sola un trayecto de seis estaciones. No quisiera exagerar, pero miro hacia atrás y tengo la sensación de que todos los días había algún incidente de este tipo. En cualquier caso era habitual que te sobaran, o que se restregaran contra ti; y también estaba la modalidad verbal, el energúmeno que se abalanzaba sobre ti y te vertía en la oreja rasposas barbaridades que ni siquiera entendías.

Hay dos cosas que me asombran especialmente de todo esto. La primera es el maravilloso nivel de adaptación que tiene el ser humano, la capacidad de resistencia, lo bien que hemos salido, pese a todo, tantas generaciones de mujeres manoseadas. Y la segunda,

ahora que lo pienso, es la increíble cantidad de asaltantes sexuales. Por todos los santos, ¿qué niñas! ¿Tantos pederastas había? Me pregunto si la represión sexual y el machismo de la sociedad franquista empeoraban la situación, o si hoy existe el mismo nivel de pedofilia. Tal vez antaño perseguirían crías de una esquina a otra del vagón, y hoy se dediquen a descargar de Internet material pornográfico. Sí, aquellos hombres eran muchos, demasados. Tantos que no podían considerarse excepcionales, sino que formaban parte del paisaje social. ¿Tendrían una esposa, hijos, hijas? ¿Se crearían normales? ¿Estará alguno de ellos leyendo esto? ¿No se le caerá la cara de vergüenza? ■■